



www.loqueleo.com/es

Título original: JAMES AND THE GIANT PEACH

© 1961, Roald Dahl Story Company.

Roald Dahl es una marca registrada de The Roald Dahl Story Company Ltd.

© 1995, Quentin Blake

© De la traducción: 1982, Leopoldo Rodríguez

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-129-6

Depósito legal: M-37.843-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: septiembre de 2019

Más de 37 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

James y el melocotón gigante

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

loqueleg

Este libro es para Olivia y Tessa.

Hasta los cuatro años, James Henry Trotter había llevado una vida feliz. Vivía plácidamente con su madre y su padre en una hermosa casa a orillas del mar. Siempre había montones de niños con los que jugar, había una playa por la que podía correr y mar en el que podía remar. Era la vida perfecta para un niño.

Un día, la madre y el padre de James fueron de compras a Londres, y allí sucedió una cosa terrible. Ambos fueron devorados en un santiamén (en pleno día, fíjate, y en una calle llena de gente) por un enorme rinoceronte furioso que había escapado del zoológico de Londres.

Esto, como podrás comprender, fue una experiencia de lo más desagradable para unos padres tan cariñosos. Pero a la larga aún fue más desagradable para James que para ellos. Pues sus

10 problemas se acabaron en un periquete. Ellos murieron y se fueron en treinta y cinco segundos escasos. Y el pobre James, por su parte, seguía vivo y de pronto se encontró solo y asustado en un mundo inmenso y hostil. La hermosa casa a orillas del mar tuvo que ser vendida inmediatamente, y el niño, sin más posesiones que una pequeña maleta en la que llevaba un par de pijamas y un cepillo de dientes, fue enviado a vivir con sus dos tías.

Sus nombres eran tía Sponge y tía Spiker, y, muy a mi pesar, tengo que confesar que eran dos personas realmente horribles. Eran egoístas,



perezosas y crueles y, ya desde el principio, empezaron pegando a James por la razón más mínima. Nunca le llamaban por su verdadero nombre, sino que se referían a él como «pequeña bestia repugnante», «sucio fastidio» o «criatura miserable» y, lógicamente, nunca le daban juguetes para jugar, ni libros ilustrados para mirar. Su habitación estaba tan desnuda como la celda de una prisión.

11

Vivían —la tía Sponge, la tía Spiker y ahora también James— en una extraña casa destartada, situada en la cima de una colina, al sur de Inglaterra. La colina era tan alta que casi desde



cualquier lugar del jardín James podía ver millas y millas de un maravilloso paisaje de bosques y campos; y en los días claros, si miraba en la dirección apropiada, podía ver, en el horizonte, un pequeño punto verde, que era la casa en la que había vivido con sus queridos mamá y papá. Y, justo un poco más allá, podía ver el océano, una estrecha franja de color azul oscuro, como una línea dibujada a tinta, que bordeaba el cielo.

Pero a James nunca le dejaban salir de la cima de aquella colina. Ni la tía Sponge ni la tía Spiker se preocupaban de llevarle nunca a dar un paseo, ni de excursión y, naturalmente, no podía ir solo. «Esta pequeña bestia repugnante no hará más que buscarse líos si sale del jardín», había dicho la tía Spiker. Y le habían prometido unos castigos terribles, tales como ser encerrado durante una semana en el sótano, con las ratas, si se atrevía tan siquiera a subirse a la verja.

El jardín, que ocupaba toda la cima de la colina, era grande y desolado, y el único árbol de aquel lugar (aparte de un grupo de desastrados laureles en uno de los extremos) era un viejo melocotonero

que nunca daba melocotones. No había columpio, ni balancín, ni foso de arena, ni nunca era invitado un niño a subir a la cima de la colina a jugar con el pobre James. No había ni tan siquiera un perro o un gato que le hiciera compañía. Y según pasaba el tiempo se iba sintiendo más y más triste, y más y más solo, y se pasaba horas junto a la verja del fondo del jardín, contemplando melancólico el hermoso y prohibido mundo de bosques, campos y mar que se extendía a sus pies como una alfombra mágica.

13



14 Llevaba James Henry Trotter tres años viviendo con sus tías cuando una mañana le sucedió una cosa bastante rara. Y esta cosa, que como dije era solamente bastante rara, pronto hizo que sucediera una segunda cosa que era muy rara. Y entonces la cosa muy rara, a su vez, hizo que ocurriera una cosa que de verdad era fantásticamente rara.

Todo sucedió en un caluroso día de mediados de verano. La tía Sponge, la tía Spiker y James estaban en el jardín. Como siempre, a James le mandaron a trabajar. Esta vez estaba partiendo leña para la cocina. La tía Sponge y la tía Spiker estaban cómodamente sentadas en sus mecedoras, bebiendo limonada y vigilándole para que no dejara de trabajar ni por un momento.

La tía Sponge era baja y enormemente gorda. Tenía ojos pequeños y cerdunos, la boca hundida y una

de esas caras flácidas y lechosas que dan la impresión de haber sido cocidas. Parecía un enorme repollo blanco recocado. La tía Spiker, por otra parte, era nervuda, alta y huesuda y usaba unas gafas con montura de metal que llevaba sobre la nariz sujetas con una pinza. Tenía la voz chillona y sus grandes y finos labios estaban continuamente húmedos. Cada vez que se enfadaba o excitaba, al hablar salía de su boca una fina llovizna de saliva. Y allí estaban sentadas aquellas dos horribles brujas bebiendo sus refrescos y, de vez en cuando, diciéndole a gritos a James que trabajara más rápido. También hablaban entre ellas, diciendo lo hermosas que se creían a sí mismas. La tía Sponge tenía sobre las rodillas un

15



espejo de mango largo que miraba de vez en cuando para contemplar su horrible rostro.

Y dijo:

—*Tengo el olor y aspecto de una rosa.
¡Qué bella es mi nariz, soy tan hermosa!
Contempla mis cabellos tan sedosos
y mis pequeños pies tan primorosos...*

16

Tía Spiker comentó:

—*¡Bah, mira, amiga,
lo muy gorda que tienes la barriga!*

Sponge se puso roja; enfureció.

Y entonces tía Spiker añadió:

—*Tú no puedes negar que gano yo.
Contempla mi figura sinuosa,
mis dientes, mi sonrisa tan graciosa.
Ser de tal perfección me hace feliz
(si olvidamos mi grano en la nariz).
¡Oh, qué exquisita soy, es que me adoro!*

Tía Sponge le gritó:

—*¡Tú eres un loro!
Toda huesos y piel; una lombriz
comparada contigo, so infeliz,
sería un prototipo de belleza,
solo la ganarías en simpleza.
Yo sí que soy preciosa, ¡soy de cine!
Seré una gran actriz, seré una estrella;
en Hollywood me llamarán La Bella,
haré que todo el público alucine,
filmaré unas películas preciosas,
protagonizaré historias grandiosas...*

17

Tía Spiker afirmó con gran desdén:

—*Opino que tú harías más que bien
el papel que te va: el de Frankenstein.*

El pobre James seguía partiendo leña como un esclavo. El calor era terrible y chorreaba sudor. Le dolían los brazos. El hacha era un objeto enorme, demasiado pesado para ser usado por un niño. Mientras trabajaba, James empezó a pensar en to-



dos los niños del mundo y en lo que estarían haciendo en aquel momento. Algunos montarían en bicicleta por el jardín. Otros estarían paseando por arboledas frescas, recolectando flores silvestres. Y todos sus amigos de otros tiempos estarían en la playa, jugando con la arena y chapoteando en la orilla del mar...

Enormes lagrimones empezaron a brotar de los ojos de James y rodaron por sus mejillas. Dejó de trabajar y se apoyó en el tajo, abrumado por la infelicidad que le rodeaba.

—¿Qué es lo que te pasa? —gritó tía Spiker, mirándole por encima de la montura metálica de sus gafas.

James se echó a llorar.

—¡Deja de llorar inmediatamente y sigue trabajando, pequeña bestia repugnante! —ordenó tía Sponge.

—¡Oh, tía Sponge! —suplicó James—. ¡Y tía Spiker! ¿No podríamos ir, por favor, aunque no fuera más que una vez, en autobús a la playa? No está muy lejos y yo tengo tanto calor y me siento tan terriblemente solo...

—¿Cómo dices, ignorante y perezoso inútil? —berreó tía Spiker.

—¡Dale una zurra! —gritó tía Sponge.

—¡Desde luego que lo haré! —profirió tía Spiker. Miró a James y James le devolvió la mirada con sus grandes ojos temerosos—. Te pegaré más tarde, cuando no haga tanto calor —dijo—. Y ahora lárgate de mi vista, gusano asqueroso, y déjame descansar en paz.

James dio media vuelta y echó a correr. Corrió todo lo rápidamente que pudo hasta el extremo opuesto del jardín, donde se escondió entre los raquíticos y desastrados laureles de los que te hablé. Se tapó la cara con las manos y se puso a llorar desconsoladamente.